SIGEFREDO

Máquinas de carne y hueso

En el mundo laboral de los oficios manuales se centra la nueva novela de Isaac Rosa (junto a estas líneas), protagonizada por albañiles, obreros, etc.

Salto desde la escena

Lo primero que publicó Rosa fue teatro: «Adiós, muchachos» (1998). El reconocimiento le llegó en 2005 con la novela «El vano ayer» (arriba)

del significado «mano invisible»: la de quien mueve los hilos –mercado, capital o como quiera llamarse–, que permanece oculto, pero determina una progresiva exigencia de eficacia económica.

ISAAC ROSA, UNO DE NUESTROS MEJORES NARRADORES, DA PASOS FIRMES EN SU EVOLUCIÓN LITERARIA

La tensión de la frase

El conflicto estalla a la altura de la página 200, cuando esa instancia no visible superior determina un aumento de la productividad. Hasta que tal cosa ocurre la novela había discurrido por estratos sucesivos, cada oficio se reproducía minimalistamente, haciendo énfasis Rosa en un estilo repetitivo, en series de acumulación muy retorizadas para hacer ver precisamente lo que cada trabajo tiene de asfixiante, alienante y duro.

El giro podría quizá haberlo dado antes, porque aunque son muy eficaces y muestran una gran habilidad estilística por la tensión de la frase, con detalles magistrales en el lento discurrir de las monotonías, tienen el inconveniente de contar en doscientas páginas lo que a la altura de las ciento y pico estaba dicho ya y muy claro. Tal acumulación no nace de la impericia, es opción estilística, al haber querido sugerir el mecanicismo y el tedio desde la propia forma, pero a algunos lectores les cansará. El giro al que me refiero en la novela es la comunicación que establecen los doce personajes, su intento de organizar una rebelión frente a las crecientes exigencias.

Isaac Rosa ofrece el abanico y matices de las distintas actitudes que ante la explotación adoptan los trabajadores. Es un dato destacable que haya evitado cualquier buenismo sindical obrero y pedagogías explícitas. Todas las situaciones y actitudes son mostradas en la novela, que actúa como una excelente radiografía del mundo del trabajo.

J. M. POZUELO YVANCOS

«MADE IN JAPAN»

MIL OTOÑOS

DAVID MITCHELL
Traducción de Víctor V. Úbeda
Duomo. Barcelona, 2011
640 páginas, 23,80 euros
★★★★☆

Hace un par de años, el gran crítico James Wood preguntaba: «¿Hay algo que David Mitchell no pueda hacer?». Y era una buena pregunta porque, para entonces, Mitchell (Inglaterra, 1969) había descollado en la novela fractal y atomizada y espasmódica con *Escritos fantasmas* (1999) y *El atlas de nubes* (2004), propuesto un Murakami en sentido contrario en *number9dream* (2001) y reinventado la *retronovela* de iniciación *à la* Nick Hornby en *El bosque del cisne negro* (2010). Pero lo que le despertaba la admiración, el asombro y hasta una ligera irritación a Wood era *Mil otoños*. Porque aquí el posmoderno Mitchell hacía lo que menos se esperaba de él (novelón decimonónico, con un reparto de casi ciento cincuenta personajes), sin por eso privarse de su sello personal.

Digámoslo así: *Mil otoños* es como si *Shogún* hubiese sido muy mejorada y muy reescrita por Vladimir Nabokov haciendo guiños y reverencias a Tolstói y a Melville y a Conrad con una decisiva y enrarecedora pizca de Eco & Pynchon.

Con las alforjas llenas

Y lo que cuenta Mitchell –quien vivió varios años en Japón– es la odisea geográfica, cultural y existencial del joven y envarado contador holandés Jacob de Zoet: hijo de un sacerdote de Ámsterdam, en 1799 arriba a la isla de Dejima, en la Bahía de Nagasaki, con la idea de hacer veloz fortuna y regresar a casa con las alforjas llenas y así reclamar la mano de su prometida. Por supuesto –lo sospechamos desde el primer fugaz encuentro–, Jacob sucumbirá a los encantos de Orito Aibagawa, una joven oriental. Y –a los nobles del «Imperio Cerrado» no les gusta eso de un visitante jugando con una local– las cosas se complican, los acontecimientos se precipitan, y qué pasará en el siguiente capítulo.

Así, pronto nos encontramos enredados en el más sofisticado y eficaz (y, por momentos, demasiado robusto) de los folletines gótico-románticos, incluyendo persecuciones y rescates de vértigo, decapitaciones, conventos siniestros, un *murakamiano* gato mágico, canibalismo, una belicosa fragata inglesa y destellos sobrenaturales en la figura de un tal Dr. Marinus, quien parece haber regresado una y otra vez de la muerte con aforismos del tipo «El alma no es un sujeto, es un verbo».

Un nuevo jardín

Más allá de lo anterior y por encima de la evidente alegría del autor por habernos atrapado en su trama y tramoyas, *Mil otoños* es –dejando de lado la fascinación por lo exótico– no solo un prodigio de investigación y reconstrucción de una época y lugar, sino un tratado sobre la eterna condición del extranjero, la fría luz de la iluminación, las cálidas sombras del oscurantismo, y las mutaciones del lenguaje traducido. Todo a cargo de un autor que, por suerte para nosotros, ha decidido no tener patria ni fronteras. Mitchell definió *Mil otoños* –que puede disfrutarse como todo aquello que debiera ser, siempre, un *best seller*– no como un nuevo camino en su obra, sino como «el mismo sendero que ahora atraviesa una puerta que da a un nuevo jardín». Es una pena que ya no esté entre nosotros Anthony Minghella para filmarlo como miniserie para la HBO.

Mil otoños –novela ideal para un otoño, este– es uno de esos libros que no se leen sino de los que uno se enamora y a los que se hace adicto.

Como Jacob con Orito.

R. FRESÁN

Copyright (c) DIARIO ABC S.L, Madrid, 2009. Queda prohibida la reproducción, distribución, puesta a disposición, comunicación pública y utilización, total o parcial, de los contenidos de esta web, en cualquier forma o modalidad, sin previa, expresa y escrita autorización, incluyendo, en particular, su mera reproducción y/o puesta a disposición como resúmenes, reseñas o revistas de prensa con fines comerciales o directa o indirectamente lucrativos, a la que se manifiesta oposición expresa, a salvo del uso de los productos que se contrate de acuerdo con las condiciones existentes.